

De repente sintió que estaba solo. Que algo raro pasaba y un extraño ruido había invadido la casa. Tuvo que esforzarse para saber que el ruido que creía percibir era en realidad un inquietante silencio y que lo que creía una resonancia desconocida era la ausencia del susurro personal de la casa. Un grifo perdía un chorro mínimo de agua. Podía oír el murmullo de una radio en la cocina, pero ningún otro sonido. Ni una conversación, ni un aparato funcionando, ni un coche que circulara por la carretera cercana. Salió del despacho, bajó la escalera y recorrió las estancias. Al menos tres personas debían estar allí o en las inmediaciones, pero todos habían desaparecido y la casa parecía abandonada. Extrañado, con creciente angustia salió a la calle. La sensación fue de sobresalto. Allí también encontró que la gente se había esfumado y la vida parecía haberse paralizado en un instante eterno. Regresó, subió a su lujoso mercedes negro y salió de la casa en la hora en punto del mediodía ardiente de un final de agosto. No encontró un alma en el pueblo, en las tres veces que recorrió cada una de sus calles. Bajó por el camino que serpentea hacia la costa entre colinas de negra ceniza volcánica. Nada encontró y a nada vio. Regresó para repetir en orden inverso el itinerario anterior. No halló otros seres vivos que un gato dormitando sobre un alféizar y un mirlo que cruzó el cielo y se detuvo sobre una señal de prohibido el paso. Aterrado llegó a la casa, la más grande y lujosa de las inmediaciones, y pudo entrar por el portalón, que él hubiera jurado haber dejado cerrado al ausentarse, pero que encontró abierto de par en par al regresar. Era el hombre más rico del pueblo, y el dueño de casi todo lo que merecía la pena por los alrededores. Quiso hablar por teléfono y no consiguió línea. Subió la escalera secándose el sudor de la frente con un pañuelo. La mujer y los hijos pasaban el mes de agosto en algún en un lugar de veraneo lejos de allí, y quedó en la casa con tres criados que, como la gente del pueblo, parecían haberse evaporado sin dejar rastro de su presencia.

Con la vista cegada por la intensa luz del exterior y con la habitación en media penumbra, apenas veía bultos, sin embargo, no encendió la luz al entrar. Se dejó caer sobre una butaca y esperó a refrescarse, mientras la vista se le acomodaba a la oscuridad y la estancia se le fue mostrando muy despacio. Entonces descubrió que no estaba solo, como creía, y un escalofrío recorrió su espalda al ver concretarse frente a él la silueta sentada detrás de la mesa. No necesitó preguntar para saber quién era el hombre que lo aguardaba.

—Mire, don Fernando, que no hará falta que yo le diga que he venido a matarlo. Ni necesitará que yo aclare por qué he venido a hacerlo.

Habló el hombre con parsimonia. Después calló, puso a un lado un ovillo de cuerda que llevaba con él, y repicó con las uñas sobre la superficie del escritorio, durante una tensa pausa.

—¿Se acuerda de lo que me dijo la semana pasada? Cuando quiso usted parar en la casa de abajo, después de que pasaran tantos años sin acercarse a saludar. Cuando vio a mi niña Laurita, me preguntó por ella. Me acuerdo bien de lo que usted dijo. Que es ya una mujercita, me acuerdo que dijo. Y qué mujer tan guapa está empezando a echar esta chiquilla, también me acuerdo que eso dijo. Entonces fue que usted se fue hasta el coche, rumiando decirme algo. Abrió la ventanilla y me llamó antes de arrancar. Venga aquí, me dijo. Porque eso me hace usted siempre, me acuerdo yo. Pa que no se me olvide quien manda. Y yo fui a su lado como hago siempre, como un perrito. Porque así me enseñaron y porque no le discuto que sea suya la tierra y la casa donde guarecen los míos. Que de sobra sé quién manda aunque no me pague jornal. Pues volviendo a lo que estaba, me acuerdo bien de lo que usted dijo. Que esta casa de aquí, donde usted vive, estaba medio vacía porque todos se habían ido lejos a pasar el verano. Y entonces puso usted cara de pensar como que pensaba y me lo dijo. Que le mandara a la niña a ayudar en la casa. Pa que fuera aprendiendo. Y yo le aseguré como pude que eso no me gustaba. Que me gustaba más que se quedara con la madre y conmigo en la casa de abajo. Me acuerdo que eso le dije por dos veces. Pero usted no quiso escuchar y no me dio salida. Mire, don Fernando, que me acuerdo de lo que hablamos cuando le traje a mi niña, maldita la hora. Y usted también debe acordarse, porque yo se lo repetí dos veces. Seguro que usted se acuerda. De que le dije que la dejaba aquí porque sabía que usted respondería con la vida de la virtud y la inocencia de mi niña. Y usted la dos veces me aseguró que sí. Que por descontado, que respondía de eso, me acuerdo que dijo. No me gustó cuando la vi llegar tan contenta con un vestidito nuevo y unos zapatos, que usted mandó comprar y le regaló. Porque yo nunca tuve con qué darle a mi Laurita un vestidito de costura tan fina ni unos zapatos tan caros. Ese desprendimiento de un hombre que nunca da los buenos días por temor de que se le gasten los saludos, no me dio por barruntar que nada bueno barruntaba. Pero no le protesté y hasta le quedé agradecido. Mire, don Fernando, qué hombre tan lacio de entendimiento fui y qué falta de luces las mías, que voy y otra vez vengo a traerle a la niña.

Mientras hablaba el hombre se puso en pie muy despacio y se acercó con un cuchillo pequeño en la mano. Don Fernando, paralizado y desencajado, parecía tiritar en la butaca.

—Y ayer tarde me llega a casa machucada, llorando sin parar y toda amoratada. Mi pobre niña, reventada. Laurita, mi ángel, reventada como una burra recién parida. Y con

miedo de decirme lo que le habían hecho, porque el angelito creía que la culpa la había tenido ella.

Y hablaba intentando juntar las manos de don Fernando para atárselas. Él se resistió, se puso en pie y quiso echar a correr, pero un simple empujón en la nuca bastó para que diera con la cabeza en la pared, con tanta fuerza que revotó y quedó en el suelo, inerme y aturdido.

—Lo que usted le había hecho mi niña no quería decírmelo. Porque dijo que usted dijo que íbamos a tener que marcharnos de la casa si llegaba a saberse.

Hablaba mientras le ataba las manos por las muñecas y hacía un lazo corredizo en los tobillos del hombre, que gimoteaba en el suelo.

—Pues mire que yo siempre me acuerdo de todo, pero no puedo acordarme de lo que mi niña me contó. De eso no puedo acordarme sin morirme. Así es que vine a cobrarme el compromiso que hicimos. Que de ese sí, yo me acuerdo que lo hicimos. Y usted también tiene que acordarse, don Fernando, porque por dos veces lo hicimos.

Y tiró el extremo libre de la cuerda sobre una gruesa viga que cruzaba de una pared a la otra.

—De eso tiene usted que acordarse, don Fernando. De que el primer día que la traje, le dije que aquí quedaba ella porque sabía que usted respondería con la vida de la virtud y de la inocencia de mi niña.

Tiró del extremo de la cuerda y don Fernando quedó con los pies en alto, volvió a tirar y don Fernando chilló y quedó izado, apenas con la cabeza tocando el suelo. Otro tirón lo dejó colgando de la viga por los pies.

—Ya sé que usted pensó que nada le pasaría. Que yo tendría que aguantarme porque de aguantarnos es de lo que siempre hemos malvivido en este pueblo. Por pobres y cobardes lo tenemos a usted mal acostumbrado, don Fernando. Por eso estuvo tan seguro cuando sacó las cuentas. Seguro del miedo que me daría que la justicia me llevara preso. Pero tuvo usted mal el tino con esas cuentas. Se lo digo porque ningún miedo me ajustaba pa no venir a buscarlo. Lo que pasa es que por el camino de la costa supe que tampoco tenía yo las cuentas mías bien echadas. La cosa es que viene a ser que esta vez la justicia va a estar en que no podrá presentarse la justicia, porque no va a tener con qué averiguar. La cosa es que la voz ha corrido aquí como corren aquí las cosas, prontito y en un murmullo. Así que todos saben todo, pero nadie sabe lo que sabe cuando le preguntan. Y me vieron llegar desde lejos, caminando despacito por ese camino de la costa, y yo me he ido

encontrando cerradas todas las puertas y las ventanas, los perros atados, las gallinas en los corrales y el ganado en sus cuadras. A nadie me crucé por el pueblo, ni criados hubo en su casa. Nadie quedó que pudiera verme. Alguien dejó la puerta abierta y me puso donde yo la viera esta soga de ganado de la que ahora usted cuelga. Hoy, cuando usted ya esté de cuerpo presente y yo haya llegado a la casa de abajo, con los míos, nadie habrá que haya visto que alguien me haya visto, ni nadie dirá que por aquí se me vio pasar.

Don Fernando se había orinado. Colgaba de los pies y gotas de orín les escurrían por la cara. Miraba con los ojos desencajados. Por favor, por favor, lloraba y gimoteaba con un hilo de voz apenas audible.

—Pues ahora que usted va a morir, sacrificado como se sacrifica a los cochinos, debería saber que estas cosas no pasan sin haberlas ganado, y usted ha sido un hombre muy aplicado, me acuerdo yo. Que desde casi crío muchos y muy buenos méritos supo usted acopiar. Las chicas abusadas, las tierras robadas y los hombres ofendidos de este pobre pueblo olvidado de Dios y de los hombres. Todo lo ha hecho usted, sin amarrarse nunca a ley de Dios ni de los hombres, y sin querer ver que es cosa corriente que en la vida venga a pasar lo que tiene que pasar.

Hablaba desembotando el filo del cuchillo en la propia cuerda que sujetaba al otro hombre, como una res dispuesta para el sacrificio.

—Pues lo que yo me figuro es que vendrá la guardia civil y preguntará sin ganas que quién ha matado a don Fernando. Y todos se encogerán de hombros. A lo mejor un guardia va y dice pudo ser alguien del pueblo. Y el otro le dirá que uno, o vete saber si fueron todos, y el otro le va a responder que entonces no habrá arreglo porque eso viene a ser como que no fue ninguno. Pues eso es lo que yo me figuro que va a pasar, porque algo aproximado a esto ya pasó una vez, me acuerdo yo. A lo mejor usted no se acuerda, don Fernando, pero pierda cuidado, que yo bien que me acuerdo de todo por los dos.

Y deslizó la afilada hoja del pequeño cuchillo por el cuello del hombre, que pataleó unos instantes y sintió su sangre manar como el agua de un arroyo.

—Acuérdese, don Fernando. Fuenteovejuna parece que llaman al sitio ese. El pueblo donde dicen que fue el caso ese que dicen que fue.